

**EN LAS TIERRAS  
DEL FONDO  
HARRY TURTLEDOVE**



En un mundo alternativo, el Mar Mediterráneo nunca fue inundado por el Atlántico hace cinco millones de años, durante el Mioceno.

El Mediterráneo es ahora un vasto fondo seco conocido como las Tierras del Fondo, a dos kilómetros bajo el nivel del mar sin lluvia y con temperaturas superiores a los 40 grados.

En este exótico mundo, los neandertales han sobrevivido, ocupando el entorno de la cuenca del mar seco, y conviven con los Homo Sapiens del resto del mundo.

Radnal gez Krobir cumple el periodo de servicio que todos los jóvenes de la Tiranía de Tartesh han de cubrir como guía del Parque del Foso, el remanente de las antiguas Tierras del Fondo.

Lo que Radnal ignora es que entre el nutrido grupo de turistas que acaba de recoger para guiar se esconde un asesino, y una amenaza que hará tambalearse los cimientos de su mundo y que podrían suponer el final de las Tierras del Fondo.



Un doble puñado de turistas descendió del ómnibus, hablando con excitación. Por debajo de la larga visera de su gorra, Radnal gez Krobir los estudió, comparándolos con los demás grupos que había guiado anteriormente por el Parque Foso. Dentro del promedio, decidió: un viejo gastándose su dinero antes de morir; personas más jóvenes buscando aventuras en un mundo excesivamente civilizado; algunos que no encajaban en ninguna categoría obvia y que podían ser pintores, escritores, investigadores o cualquier otra cosa bajo el sol.

Estudió a las mujeres del grupo turístico con una curiosidad diferente.

Radnal estaba en trámite de comprar una esposa, pero no lo había hecho todavía; legal y moralmente continuaba siendo un agente libre. Algunas de las mujeres valían el esfuerzo de examinarlas, además: un par de Cabezas Altas delgadas, morenas y de elevada estatura, de las tierras orientales, que no se despegaban una de la otra, y otra de la misma raza que Radnal, Cejas Fuertes, más baja, más rechoncha, más rubia, de ojos claros y hundidos bajo una frente protuberante.

Una de las chicas de las Tierras Altas le dedicó una deslumbrante sonrisa. Él también le sonrió mientras se aproximaba al grupo, con sus ropajes de lana flameando a su alrededor.

—Hola, amigos —gritó—. ¿Todos entendéis tarteshano? Ah, muy bien.

Mientras hablaba, funcionaron las cámaras fotográficas. Estaba acostumbrado: los integrantes de todos los grupos turísticos tenían la costumbre de desperdiciar fotos en él, aunque él no fuera lo que habían venido a ver. Comenzó su habitual discurso de bienvenida.

—En nombre de la Tiranía Hereditaria de Tartesh y del personal del Parque Foso, me complace recibirlos aquí el día de hoy. Por si aún no habéis leído mi insignia o habláis tarteshano pero no conocéis nuestro silabario, mi nombre

es Radnal gez Krobir. Soy biólogo de campo del Parque y estoy cumpliendo con mi período de dos años de servicio obligatorio como guía.

—¿Servicio? —dijo la mujer que le había sonreído—. Lo dices como si fuera una sentencia en las minas.

—No tuve esa intención... en absoluto. —Le dedicó su sonrisa más seductora. La mayoría de los turistas le devolvieron la sonrisa. Algunos permanecieron serios, posiblemente los que sospechaban que la intención era real y la sonrisa falsa. Había algo de cierto en eso. Radnal lo sabía, pero suponía que los turistas no.

—En breve —continuó— os conduciré hasta los asnos para iniciar el descenso hacia el Foso propiamente dicho. Como ya sabéis, intentamos mantener este Parque al margen de nuestra civilización mecánica para poder mostraros cómo era todo en las Tierras del Fondo no hace tanto tiempo. No hay de qué preocuparse. Los asnos son muy seguros. No hemos perdido uno solo, ni un solo turista, en muchos años.

Esta vez, algunas de las risitas que le respondieron sonaron nerviosas. Probablemente no habría más de un par de personas en todo el grupo que hubieran hecho algo tan arcaico como montar un animal. Lo lamentaba por los que justo ahora se ponían a pensar en el asunto. Las reglas estaban claramente establecidas. Las preciosas chicas Cabezas Altas le parecieron especialmente inquietas. Los plácidos asnos las preocupaban más que las bestias salvajes del Foso.

—Demoremos el momento fatal lo más que podamos —dijo Radnal—. Nos quedaremos en la galería por medio diadécimo para hablar de las cosas que hacen del Parque Foso algo único.

Los turistas lo siguieron hasta la sombra. Varias personas suspiraron con alivio. Radnal tuvo que esforzarse por mantener la expresión de seriedad. El sol tarteshano era fuerte, pero si ya tenían problemas aquí, en el Foso se asarían. Allá

ellos. Si se insolaban, Radnal los atendería. Lo había hecho otras veces.

Señaló al primer mapa iluminado.

—Hace veinte millones de años, como podéis ver, las Tierras del Fondo no existían. Una larga franja de mar separaba lo que ahora es el sector sudoeste del Gran Continente del resto. Mirad: lo que en ese entonces eran dos masas de tierra acabaron uniéndose en el este, y aquí surgió un puente de tierra. —Volvió a señalar, esta vez con más precisión—. Ese mar, que era un largo brazo del Océano Occidental, se conservó.

Se acercó al siguiente mapa, seguido por los turistas.

—Las cosas siguieron así hasta hace unos seis millones y medio de años. Entonces, mientras ese sector sudoeste del Gran Continente continuaba derivando hacia el norte, surgió gradualmente una nueva cordillera aquí, en la salida occidental de ese mar mediterráneo. Cuando quedó separado del Océano Occidental comenzó a secarse: perdía más agua por evaporación de la que recibía de los ríos afluentes. Ahora, si me acompañáis...

El tercer mapa tenía varias capas en diferentes tonalidades de azul.

—El mar tardó unos mil años en convertirse en las Tierras del Fondo. Volvió a llenarse con aguas del Océano Occidental varias veces, ya que las fuerzas tectónicas hicieron descender las Montañas Barrera. Pero durante los últimos cinco millones y medio de años, las Tierras del Fondo han tenido la forma que hoy conocemos.

El último mapa mostraba una imagen que le era familiar a cualquier niño que estudiara geografía: el Foso de las Tierras del Fondo, que surcaba el Gran Continente como una cicatriz quirúrgica y cuyo relieve exigía la utilización de colores indicativos que no se necesitaban para ningún otro lugar del mundo.

Radnal condujo a los turistas hasta el corral donde estaban los asnos. Los hirsutos animales ya estaban con las bri-

das puestas y ensillados. Radnal explicó cómo montarlos, hizo una demostración y esperó a que los turistas comenzaran a embarullarse. Como era de esperar, las dos chicas Cabezas Altas pusieron en el estribo el pie que no correspondía.

—No, así —les dijo, volviendo a enseñárselo—. Usad el pie izquierdo y luego montad de un salto.

La chica que le había sonreído tuvo éxito en el segundo intento. La otra fracasó una y otra vez.

—Ayúdame —le dijo.

Resoplando por la larga nariz a modo de suspiro, Radnal le puso las manos en la cintura y la levantó hasta la montura mientras ella se impulsaba. La joven rio estúpidamente.

—Eres muy fuerte. Es muy fuerte, Evillia. —La otra Cabeza Alta, presumiblemente Evillia, rio también.

Radnal volvió a resoplar, con más energía. Los tarteshanos y otros pueblos de la raza Cejas Fuertes que vivían al norte de las Tierras del Fondo y en lo más profundo de estas eran más fuertes que la mayoría de los Cabezas Altas, pero generalmente no los igualaban en agilidad. ¿Y con eso qué, al fin y al cabo?

Volvió al trabajo.

—Ahora que hemos aprendido a montarnos en los asnos, vamos a aprender a desmontar. —Los turistas gruñeron, pero Radnal fue inexorable—. Todavía falta que traigáis todas vuestras cosas del ómnibus y las carguéis en las alforjas. Soy guía, no sirviente. —Las palabras en idioma tarteshano fueron pronunciadas en un tono que significaba «Soy vuestro igual, no vuestro esclavo».

La mayoría de los turistas desmontaron, pero Evillia permaneció sobre el asno. Radnal se acercó a paso lento; su paciencia estaba flaqueando.

—Así. —La guio para que realizara los movimientos necesarios.

—Gracias, ciudadano gez Krobir —le dijo ella, en un tarteshano de fluidez sorprendente. Se volvió hacia su amiga

—. Tienes razón, Lofosa: es muy fuerte.

Radnal sintió que se le calentaban las orejas bajo la caperuza de lana. Un Cabeza Alta de piel morena, de la región ubicada al sur de las Tierras del Fondo, movió las caderas y dijo:

—Estoy celoso de ti. —Varios turistas rieron.

—Continuemos —dijo Radnal—. Cuanto más pronto carguemos los asnos más rápido podremos partir y más podremos ver. —Esa frase nunca fallaba; uno no se convertía en turista a menos que quisiera conocer la mayor cantidad posible de lugares. Como si le hubieran dado una señal, el chófer acercó el ómnibus al corral. Las puertas del depósito de equipaje se abrieron con un siseo de aire comprimido. El chófer comenzó a sacar el equipaje del depósito.

—No vais a tener problemas —dijo Radnal. El equipo de cada turista había sido sometido a pesaje y medido de antemano para asegurar que los asnos no tuvieran que cargar nada excesivamente pesado o voluminoso. Casi todos pudieron cargar sus pertenencias en las alforjas. A las dos Cabezas Altas, sin embargo, les estaba resultando terriblemente difícil lograr que cupiera todo. Radnal pensó en ayudarlas, pero decidió no hacerlo. Si tenían que pagar multa por obligar a los burros de carga a llevar parte de su equipo, la culpa sería de ellas.

Finalmente, las chicas lograron cargar todo, aunque sus alforjas estaban hinchadas como una serpiente después de tragarse un camello joven. Había un par de personas, cuyas alforjas ya estaban llenas y tenían otros equipos que no cabían, paradas en actitud indefensa. Con una sonrisa que esperaba no fuese demasiado depredadora, Radnal llevó el equipaje a las balanzas y les cobró un décimo de unidad de plata por cada unidad de exceso de peso.

—Esto es un ultraje —dijo el Cabeza Alta de piel marrón oscura—. ¿Sabe usted quién soy? Soy el hijo de Moblay Sopsirk, auxiliar del Príncipe de la Tierra de Lisson. —Se en-



derezó cuan largo era, casi un codo tarteshano más alto que Radnal.

—Entonces puede pagar los cuatro décimos con tres —respondió Radnal—. El dinero no es para mí. Se destina al mantenimiento del Parque.

Aún gruñendo, Moblay le pagó. Después se alejó a grandes trancos y montó su animal con más gracia de la que Radnal hubiera advertido que poseyera. El guía recordó que en la Tierra de Lisson la gente importante, para alardear, a veces montaba caballos a rayas. Radnal no lo entendía. No tenía ningún interés en subirse a un asno cuando no estaba descendiendo hacia el Parque Foso. Si había mejores maneras de hacer las cosas, ¿por qué no aprovecharlas?

Una pareja tarteshana de edad madura también resultó culpable de exceso de equipaje. De igual modo, sus cuerpos estaban excedidos de peso, pero Radnal no podía hacer nada al respecto. Eltsac gez Martois protestó:

—Según la balanza de mi casa, todo estaba bien.

—Si la leíste como correspondía —le dijo Nocso zeg Martois a su marido—. Y probablemente no fue así.

—¿De qué lado estás tú? —refunfuñó él. Ella le gritó. Radnal esperó a que se cansaran y luego les cobró lo que le debían al Parque.

Cuando los turistas estuvieron montados en los asnos, el guía caminó hasta el portón ubicado al fondo del corral, lo abrió y volvió a colocar la llave en una bolsita que llevaba atada al cinturón, debajo de la túnica. Mientras se dirigía a su propia montura, dijo:

—Cuando paséis por allí estaréis ingresando en el Parque propiamente dicho y entrarán en vigencia los compromisos que firmasteis. Según la ley tarteshana, dentro de los límites del Parque los guías tenemos la autoridad de oficiales militares. No tengo intenciones de ejercer esa autoridad más de lo debido; nos llevaremos muy bien si aplicamos, sencillamente, el sentido común. Pero se me exige que os

recuerde que dicha autoridad existe. —También guardaba un cañón de mano en una de las alforjas del asno, pero no lo mencionó—. Por favor, manteneos detrás de mí y tratad de permanecer en el sendero. Hoy no será muy empinado; esta noche acamparemos en lo que era el borde de la plataforma continental. Mañana descenderemos hasta el fondo del antiguo mar, a una profundidad, con referencia al nivel del mar, equivalente a la altura de una montaña mediana. El terreno será más escarpado.

La mujer Cejas Fuertes dijo:

—También hará calor, mucho más calor que ahora. Visité este Parque hace tres o cuatro años y me dio la impresión de estar en un horno. Quedáis avisados, todos vosotros.

—Tiene razón, ciudadana, eh... —dijo Radnal.

—Me llamo Toglo zeg Pamdal. —Luego agregó, rápidamente—: Tenemos un parentesco lejano y colateral, se lo aseguro.

—Como usted diga, ciudadana. —A Radnal le costó mantener la voz firme. El Tirano Hereditario de Tartesh se llamaba Bortav gez Pamdal. Era necesario tratar a sus parientes con guantes de seda, incluso a los más lejanos y colaterales. Radnal se alegró de que Toglo hubiese tenido la cortesía de advertirle de quién era, o mejor dicho de quién era su pariente lejano y colateral. Al menos la mujer no parecía ser de las que espían a la gente para luego dar malos informes a los amigos que indudablemente debía de tener en las altas esferas.

Aunque la región por la que deambulaban los asnos se encontraba por debajo del nivel del mar, no estaba a mucha profundidad. No parecía muy diferente del terreno por el que había viajado el ómnibus turístico para llegar a la entrada del Parque Foso: seco y achaparrado, con arbustos espinosos y palmeras que parecían plumeros de largo mango.

Radnal dejó que el terreno se expresara por sí mismo, aunque hizo una observación.

—Si cavarais un par de cientos de codos en el suelo de los alrededores encontraríais una capa de sal, igual que en cualquier otro lugar de las Tierras del Fondo. Aquí, en la plataforma continental, la capa no es muy gruesa porque esta zona se secó muy rápido, pero existe. Esa es una de las primeras pistas que indicaron a los geólogos que las Tierras del Fondo antes eran un mar, y es una de las formas que utilizan para mapear las cotas de las antiguas aguas.

El hijo de Moblay Sopsirk se secó la frente sudorosa con el antebrazo. Mientras Radnal, como cualquier otro tarteshano, estaba todo cubierto para protegerse del calor, Moblay llevaba solo un sombrero, zapatos y un cinturón con bolsillos para las piezas de plata, tal vez para una pequeña navaja o mondadientes y para cualquier otra cosa de la que, según él, no pudiera prescindir. Era tan oscuro que no necesitaba preocuparse por el cáncer de piel, pero tampoco parecía estar cómodo. Dijo:

—Si en las Tierras del Fondo todavía existiera una porción de esas aguas, Radnal, Tartesh tendría mejor clima.

—Tiene razón —dijo Radnal; estaba resignado a que los extranjeros lo llamaran por su nombre de pila con tosca familiaridad—. Sería varios grados más fresco en verano y más cálido en invierno. Pero si las Montañas Barrera volvieran a caer, perderíamos la gran zona comprendida en las Tierras del Fondo y también las riquezas minerales que extraemos de allí: la sal, los demás productos químicos acumulados por la evaporación y las reservas de petróleo, que no serían accesibles de encontrarse bajo el agua. A lo largo de los siglos, los tarteshanos nos hemos acostumbrado al calor. No nos molesta.

—Yo no diría tanto —dijo Toglo—. Creo que no es por accidente que los enfriadores de aire tarteshanos se vendan en todo el mundo.

Radnal tuvo que asentir.

—Es un buen argumento, ciudadana. Sin embargo, lo que obtenemos del Fondo compensa ampliamente las molestias del clima.

Como Radnal había esperado, llegaron al campamento cuando en el cielo todavía se veía el sol; lo contemplaron hundirse detrás de las montañas occidentales. Agradecidos, los turistas descendieron de los asnos y pasearon por los alrededores, quejándose de cuánto les dolían los muslos. El guía les hizo traer leña de los soportes de metal que se alineaban a un costado.

Radnal encendió las fogatas con unos chorros del combustible que extrajo de una botella y con un encendedor de pedernal y acero.

—A la manera de los perezosos —admitió alegremente.

Igual que su habilidad con los asnos, el hecho de que fuera capaz de hacer fuego impresionó a los turistas. Radnal volvió a los asnos, sacó los paquetes de raciones y los arrojó a las llamas. Cuando las tapas comenzaron a chasquear y a despedir vapor, retiró los paquetes con un tenedor de mango largo.

—Aquí están —dijo—. Quítenles el papel de aluminio y tendrán comida tarteshana; quizás no sea un banquete digno de los dioses, pero es suficiente para que no os muráis de inanición y no tengáis que conocer a esos dioses antes de tiempo.

Ewillia leyó la inscripción que estaba en un costado del paquete.

—Son raciones militares —dijo con desconfianza. Varias personas gruñeron.

Igual que cualquier otro ciudadano tarteshano, Radnal había cumplido con sus dos años de servicio obligatorio en la Guardia Voluntaria del Tirano Hereditario. Salió en defensa de los paquetes de raciones:

—Como os dije, evitarán que os muráis de inanición.

La comida de los paquetes —guiso de carne y cebada con zanahoria, cebolla y una buena dosis de pimienta moli-

da y ajo— no era tan mala. Los dos Martois devoraron la suya y pidieron más.

—Lo lamento —dijo Radnal—. Los asnos cargan lo justo. Si les doy otro paquete más a cada uno, alguien se quedará con hambre antes de llegar a la hostería.

—Tenemos hambre ahora —dijo Nocso zeg Martois.

—Exacto —dijo Eltsac como un eco. Se miraron, tal vez sorprendidos de estar de acuerdo.

—Lo lamento —volvió a decir Radnal. Nunca nadie le había pedido una segunda porción. Pensando en eso, le echó un vistazo a Toglo zeg Pamdal para ver cómo se conformaba con una vianda tan básica. Al mismo tiempo que sus ojos se fijaban en ella, vio que abollaba el paquete vacío y se levantaba para arrojarlo en un recipiente de basura.

Toglo tenía un andar flexible, aunque Radnal podía adivinar muy poco de las formas de su cuerpo debido a las túnicas que la cubrían. Igual que los hombres jóvenes —y no tan jóvenes—, se dejó llevar por la fantasía. Supongamos que estuviera en negociaciones para establecer el precio de la novia con el padre de Toglo y no con Markaf gez Puntun, que actuaba como si su hija Wello cagara plata y meara petróleo...

Radnal tenía suficiente criterio para reconocer los momentos en que se comportaba como un tonto, que era más de lo que le concedían los dioses a la mayoría de la gente. Indudablemente, el padre de Toglo podría encontrarle a su hija mil parejas que fueran mejores que un biólogo no demasiado especial. La confrontación con esa cruda verdad no le impidió seguir especulando, pero sí evitó que se lo tomara muy en serio.

Sonrió mientras sacaba los sacos de dormir del cestón de uno de los asnos de carga. Los turistas se turnaron para inflarlos con una bomba de pie. Con un clima tan cálido, muchos turistas decidieron dormir encima de las bolsas en vez de meterse dentro. Algunos se dejaron puesta la ropa que tenían, otros traían ropa de dormir y otros no se moles-

taron en usar ropa. En Tartesh existía un tabú moderadamente fuerte contra la desnudez, no tanto como para horrorizar a Radnal ante un cuerpo desnudo, pero suficiente para impedir que apartara la vista de Evillia y Lofosa mientras se quitaban despreocupadamente sus camisas y pantalones. Eran jóvenes, atractivas e incluso de buenos músculos para ser Cabezas Altas. A Radnal le parecieron más desnudas porque sus cuerpos eran menos velludos que los de las Cejas Fuertes. Sintió alivio de que su túnica ocultara la plena reacción corporal que le provocaban.

Hablándole al grupo, dijo:

—Esta noche dormid lo más que podáis. No os quedéis despiertos charlando. Mañana estaremos en las monturas casi todo el día, en terrenos peores que el que vimos hoy. Os irá mejor si estáis descansados.

—Sí, padre del clan —dijo el hijo de Moblay Sopsirk, como le hubiera dicho un joven al líder de su grupo familiar, aunque cualquier joven que hubiese empleado un tono tan insolente como el de Moblay habría recibido una buena bofetada en la boca por parte del padre del clan para recordarle que no debía volver a expresarse así.

Pero, en vista de que Radnal había dicho algo razonable, casi todos los turistas trataron de dormir. No conocían los desiertos, pero no eran tontos, con la posible excepción de los Martois: muy pocos tontos lograban acumular el dinero necesario para hacer una excursión al Parque Foso. Como habitualmente hacía la primera noche que pasaba con un grupo nuevo, Radnal no hizo caso de su propio consejo. Tenía experiencia en permanecer toda la noche sin dormir y, como sabía lo que les esperaba más adelante, no malgastaría energías durante el viaje de descenso hacia el Foso propiamente dicho.

Una lechuza ululó desde un hoyo en un tronco de palmera. El aire tenía un tenue aroma a especias. Salvia y lavanda, adelfa, laurel, tomillo: muchas plantas locales tenían hojas que secretaban aceites aromáticos. La película que

las recubría reducía la pérdida de agua —algo que aquí siempre era de vital importancia— y hacía que las hojas resultaran desagradables al paladar de los insectos y animales.

Las fogatas, que ya estaban apagándose, atraían mariposas nocturnas. De vez en cuando, el resplandor iluminaba brevemente otras formas más grandes: murciélagos y chotacabras que descendían planeando para aprovechar el festín desplegado ante sus ojos. Los turistas no advirtieron a los insectos y depredadores. Sus ronquidos eran más fuertes que el ulular de la lechuza. Después de varios viajes como guía turístico, Radnal se había convencido de que prácticamente todo el mundo roncaba. Suponía que él también, aunque nunca se había escuchado.

Bostezó, se recostó en la bolsa de dormir con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y miró las estrellas, que parecían extenderse sobre un manto de terciopelo negro. Aquí se veían muchísimas más que con las luces de la ciudad: otra razón para trabajar en el Parque Foso. Contempló su lento remolinear; nunca había descubierto una mejor manera de vaciar la mente y abandonarse al sueño.

Ya estaba sintiendo los párpados pesados cuando alguien se levantó de su bolsa: era Evillia, camino al excusado que estaba detrás de unos arbustos. Radnal abrió más los ojos; con la tenue luz de la fogata, la joven parecía una estatua animada de bronce pulido. Apenas la joven le dio la espalda, Radnal se pasó la lengua por los labios.

Pero al regresar, en vez de volver a introducirse en su bolsa, Evillia se acucilló junto a la de Lofosa. Ambas Cabezas Altas rieron suavemente. Un momento después, se pusieron de pie y se dirigieron hacia Radnal. La lujuria se transformó en alarma... ¿qué estaban haciendo?

Se arrodillaron, una a cada lado de Radnal. Lofosa susurró:

—Pensamos que eres un hermoso pedazo de hombre.